

E S T U D I O S
C L Á S I C O S

Investigación

María Paz de Hoz y Antonio López Fonseca (eds.)

LITERATURA E HISTORIA EN EL MUNDO CLÁSICO



Guillermo
Escolar

EDITORA



Literatura e Historia: una relación dialéctica

Literature and History: a dialectic relationship

ANTONIO LÓPEZ FONSECA

Universidad Complutense de Madrid

alopezf@ucm.es

M^a PAZ DE HOZ

Universidad Complutense de Madrid

madehoz@ucm.es

Resumen

Literatura e Historia mantienen desde la Antigüedad una muy estrecha relación, hasta el punto de que sin la primera no es posible el conocimiento cabal de la segunda. La Historia se muestra como un artefacto literario que interpela emocionalmente al lector de manera similar, y a la vez diferente, a como lo hace, por ejemplo, una novela. Podría, incluso, admitirse que la Historia es una forma de Literatura, algo cierto en el caso del Mundo Clásico. Esa dialéctica entre Literatura e Historia, ya presente en la Antigüedad, tanto en la forma de transmitir los sucesos históricos a través de la poesía o la retórica, como en la teorización de lo que era o debía ser la Historia por autores como Tucídides, Aristóteles, Polibio, Cicerón o Quintiliano, nos lleva ineludiblemente al planteamiento de los conceptos de verdad y verosimilitud.

Palabras clave

Literatura, Historia, dialéctica, narrativa, poética, retórica

Abstract

Literature and History have maintained such a close relationship since Antiquity that without the former it is not possible to have a full knowledge of the latter. History appears as a literary artefact that emotionally interpellates the reader in a similar, and at the same time different, way to, for example, a novel. It could even be admitted that History is a form of Literature, which is true in the case of the Classical World. This dialectic between Literature and History, already present in Antiquity, both in the way of transmitting historical events through poetry or rhetoric, and in the way authors such as Thucydides, Aristotle, Polybius, Cicero or Quintilian theorised about what History was or ought to be leads us inevitably to the concepts of truth and verisimilitude.

Keywords

Literature, History, dialectic, narrative, poetics, rhetoric

1. APROXIMACIÓN A LOS CONCEPTOS DE LITERATURA E HISTORIA

Puede convenirse que la Historia se interesa por las estructuras y procesos de la sociedad, por el devenir de los hechos que justifican la continuidad o la ruptura en el desarrollo de los colectivos humanos, mientras que la Literatura, en su calidad de manifestación artística, sería reflejo del sentir, de los valores de una determinada época. El hecho es que ambas se interrelacionan y suponen una inestimable ayuda para el conocimiento y la comprensión de contextos históricos específicos. Si esto es así, los textos literarios pueden estudiarse, por un lado, como producto, pero también, por otro lado, como factor determinante de la cosmovisión de una sociedad, una cultura y un momento histórico, hasta el punto de que los cambios sociales tienen su reflejo en la creación literaria. Y cuando pretendemos una aproximación a épocas pretéritas, como la Antigüedad grecorromana, no podemos obviar las obras literarias como posibles fuentes para el estudio y conocimiento de Grecia y Roma.

¿Cómo han evolucionado esos conceptos? El término «historia» (Estébanez Calderón 1999: 511-519), de origen griego (ιστορέω: conocer, averiguar, relatar; ιστορία: información, investigación, relato), fue ya utilizado en el siglo V a.C. por Heródoto, en su relato sobre las guerras médicas, para designar un conocimiento de hechos adquirido por observación directa o por averiguación. Entre los latinos, Tácito es quien atribuye la denominación *historia* a la narración de los acontecimientos presenciados por él u ocurridos durante su vida. Esta noción de «historia» como narración de hechos presenciados, o bien oídos a testigos, se mantuvo durante la Edad Media, pero, a partir del Renacimiento, se fue extendiendo la idea de que, junto a la observación inmediata, había otra vía de conocimiento del pasado, a saber, la investigación de las huellas e indicios que han dejado los acontecimientos y que subsisten en el presente bajo formas de documentos, de monumentos, lo que nos permitiría «hacer historia» no solo de hechos contemporáneos, sino también pasados (Lozano 1987). El desarrollo de técnicas y métodos especializados para la investigación de ese pasado acabó por dar origen a una nueva disciplina académica, denominada precisamente Historia, que ha sido definida como el estudio, científicamente elaborado, de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas con otras (Febvre 1953).

El concepto «literatura» (Estébanez Calderón 1999: 630-635) deriva del latín *littera* que, según Quintiliano, sería un calco del griego γραμματική, relacionado con el arte de leer y escribir, y con dos disciplinas básicas en la cultura grecolatina, a saber, Gramática y Retórica. Hasta el siglo XVIII se alude con ese término a la ciencia del hombre de letras y, a finales de ese siglo, cuando el término «ciencia» se polariza para referirse a los dominios de las ciencias experimentales, el de «literatura» se orienta hacia el campo de la creación estética. Desde que Horacio (*ars* 333-334) afirmó que *aut prodesse uolunt aut delectare poetae / aut simul et iucunda et idonea dicere uitae*, la idea de la función de la poesía se ha mantenido en la poética occidental: pedagógico-moral o placentera. Solo a partir de la *Aesthetica acroamatica* de A. Baumgarten (1750-1758) y de la *Crítica del juicio* de I. Kant (1790), se afirma la autonomía de lo bello y la idea de que el sentimiento estético no responde a exigencias de orden práctico.

En esta relación entre Historia y Literatura, es muy llamativa la opinión, a inicios del siglo XX, del escritor británico Gilbert K. Chesterton, que proponía dejar de leer los libros de historia para leer la propia historia, evitar a los historiadores, que se escudan en hechos ajenos, e ir directamente a los actores de los hechos, es decir, aprender a leer el ayer como si fuese otro hoy:

Sacamos la mayoría de las nociones modernas sobre la alta y baja Edad Media de las obras de historiadores o de novelas. De ambas alternativas, las novelas son más de fiar. El novelista tiene al menos la pretensión de describir a los seres humanos, algo que con frecuencia el historiador ni siquiera intenta. (Chesterton 2021: 49)

En el Mundo Clásico, Literatura e Historia mantienen una muy estrecha relación, hasta el punto de que sin la primera no es posible el conocimiento cabal de la segunda. Esa relación, como no podía ser de otro modo, ha ido cambiando con el paso de los siglos hasta el punto de negarse la Literatura como fuente para la Historia. Puede decirse que han tenido, en términos de Hegel, una «relación dialéctica», esto es, han coexistido en el devenir de los siglos, en ocasiones como posiciones opuestas, y su desarrollo ha producido una conciliación superior sobre esa aparente contradicción. No en vano la dialéctica es un proceso dinámico, la evolución a través de las oposiciones que permite llegar a resultados superiores –y, a menudo, inesperados–.

2. UNA ESTRECHA RELACIÓN EN EL MUNDO CLÁSICO MATIZADA CON EL TIEMPO

«La Literatura es el complemento perfecto de la Historia», aseguraba el profesor Jesús de la Villa (2020) poniendo en relación ambas disciplinas en tiempos de pandemia:

La peculiaridad de la narración literaria con respecto a la descripción histórica o los análisis parciales, económicos, sociológicos, etc., es doble: por un lado, la literatura es capaz de transmitir imágenes y sensaciones que difícilmente pueden recogerse en tratados académicos. Puede dar cuenta de aspectos como el estado de ánimo de la gente, las relaciones personales, familiares, los odios, los actos de generosidad, de egoísmo, etc. Por otro lado, la literatura, libre de las ataduras del rigor académico, es capaz de poner el foco en un aspecto u otro de los fenómenos históricos, concentrando en un solo momento o en unos pocos personajes sucesos dispersos e insistiendo en aspectos que podrían quedar al margen de las más frías descripciones científicas. [...] Y eso es mérito de la literatura, más aún, podría decirse que es su función suprema: ser capaz de reflejar aspectos del ser humano que muchas veces no interesan al análisis científico y de los que es difícil dar cuenta incluso con una descripción puramente histórica.

Es cierto que hoy la relación entre Historia y Literatura no es comparable con la que se dio en el Mundo Clásico, como tampoco lo es la que hay, por ejemplo, entre Filosofía y Ciencia. Hablamos de un periodo, la Antigüedad grecorromana, en el que los conocimientos se fundían en uno solo, el Saber, idea que fue retomada en cierto sentido por el Humanismo. Así, por ejemplo, en grandes humanistas como Leonardo da Vinci vemos aunarse la obra artística, científica y técnica, testimonio de todos los ámbitos de conocimiento: es la condición humana capaz de arrojar luz sobre los problemas de todo tiempo. Y es que para los antiguos griegos solo existía el territorio común del saber y el obstáculo único de la ignorancia. Los primeros filósofos fueron físicos, y Aristóteles era biólogo; los pitagóricos descubrieron el latido matemático oculto en la música; y el romano Lucrecio expuso en un gran poema de versos apasionados la teoría de los átomos. Si nos acercamos con objetividad, dejando de lado la maniquea separación entre ciencias y letras, veremos que las metas de científicos y literatos o artistas son las mismas: comprender el mundo, derribar prejuicios, hacernos libres. Y la Historia comenzó a hacerse desde la Literatura, simplemente porque todos los saberes eran Literatura. ¿Podríamos hoy entender que en

una Historia de la Literatura Española, por ejemplo, se recogieran tratados filosóficos o de veterinaria? No. Hoy las fronteras –malditas fronteras– se han hecho tan nítidas que compartimentan los saberes, algo que no ocurría en la Antigüedad. Es así que, desde la Literatura, Heródoto habló de la historia de Grecia y Tácito de la del Imperio romano. ¿Carecen sus datos de validez por ser «literarios»? No. La relación entre Historia y Literatura es, pues, tan antigua cuanto la palabra escrita. Los textos antiguos influyeron en la conformación de las sociedades y en cómo la gente veía, interpretaba, sus comunidades, más aún, su realidad. La Literatura no ha dejado nunca de ser reflejo de la Historia, es más, nos atreveríamos a decir que la Literatura nos proporciona una línea de tiempo de la Historia. ¿Alguien duda de que leyendo a Cervantes, Shakespeare o Molière pueda hacerse una idea de los problemas de la época? Los poetas de la Antigüedad escribieron sobre temas que hoy nos resultan tremendamente familiares y arrojaron luz a las similitudes entre ellos y nosotros.

La separación de las disciplinas es relativamente reciente, comenzó en el siglo XVIII y a finales del XIX la Historia se había convertido en una «profesión» diferente de la Literatura, tanto por sus objetivos como por su metodología, y el canon histórico cambió cuando asumió la racionalidad y el método científico. En ese punto, aquello que habían compartido Historia y Literatura –mímesis y retórica– fue abandonado por la primera. Desde ese momento, la relación entre ambas ha sido compleja. Los historiadores, con carácter general, refutan los testimonios literarios como fuente –¿es esto aceptable hablando de la Antigüedad?– al considerar que no hay manera de distinguir entre las realidades histórica y literaria. Se arguye también que los textos literarios son producto de convenciones literarias, lo que les restaría valor como fuente histórica (Thomas 1988: 6). En Grecia y Roma las implicaciones de los textos literarios no estriban solo en el sujeto narrado, sino también en su formalización, su estilo, su lengua. Cierto, pero ¿eso les resta valor testimonial? Nuevamente creemos que no.

En el año 1999, con ocasión de la entrega del Premio Príncipe de Asturias, Günter Grass habló en representación de los galardonados y, en la idea de que «el pasado se resiste a acabar», pronunció un discurso titulado «Literatura e Historia» (Grass 1999). En él asegura que «así consigne la Literatura dejar al descubierto el forro de la Historia», afirmación que trae a nuestra memoria las palabras de Walter Benjamin, que invita a pasarle a la Historia el cepillo a contrapelo (Pittaluga 2010) con el fin de mostrar su otra cara, en una suerte de inversión especular: la historia de los vencidos, de sus sufrimientos y de sus resistencias. Recorrer el pasado

a contrapelo ayuda a iluminar el presente, y eso es lo que hace, entre otras muchas cosas, la Literatura, porque da la palabra a los perdedores, a todos aquellos que no hacen la Historia, pero a los que inevitablemente la Historia les ocurre, porque su dictado los convierte en víctimas o victimarios. Sabríamos mucho, muchísimo menos, de la Historia de Grecia y Roma sin su Literatura. Decía Günter Grass (1999) que «cuando, finalmente, el gremio de los historiadores, cansado de pelearse por notas a pie de página, se extravía en la incertidumbre de la post-Historia, la Literatura se cotiza mucho». La historiografía literaria que nos legaron los autores clásicos es, precisamente, una Historia sin notas a pie de página, que nos trae su verdad de manera directa, sin intermediación.

3. DISCURSO NARRATIVO Y REPRESENTACIÓN HISTÓRICA: LA HISTORIA COMO ARTEFACTO LITERARIO

La crítica contemporánea al discurso narrativo histórico se basa en la convicción de que la realidad no puede ser plenamente representada de forma coherente, algo que anula la posibilidad de la existencia de una «verdad» histórica basada en la certeza de que se puede representar la realidad con objetividad plena (Fumero 2003). A lo largo de los siglos, la narrativa –llámase Literatura– ha sido herramienta básica del conocimiento y ha determinado la forma en que se han presentado los hechos –reales o imaginarios–, esto es, la narrativa vale tanto para revelar la realidad histórica como la esfera de la ficción. Es en el momento en que la Historia pretende alcanzar la cientificidad cuando se separa la Literatura. Vinculado con esta tesis está el nacimiento de la corriente intelectual conocida como «Estudios Culturales», que nace con vocación interdisciplinaria para dar cuenta de diversos fenómenos que se imbrican. En esta línea, la Historia sería una forma de hacer ficción que carecería de autoridad para explicar la realidad por cuanto no deja de ser un juego de textos (Thomas 1988: 8). Más aún, Hans Kellner (1987: 25) piensa que todas las historias se basan en la narrativa, que garantiza que lo que representa tiene significado, de donde se colige que una historia social-científica que no sea narrativa y que ponga el énfasis en, por ejemplo, lo estadístico es esencialmente tan alegórica como cualquier otra representación histórica.

Es Hayden White (1978, 1984, 1987, 2002) uno de los estudiosos que más ha cuestionado, tal vez el que más, la separación de la Historia de otras formas narrativas al considerar que los historiadores utilizan la estructura de la narrativa ficcional en sus trabajos, aunque nieguen en sus argumentos los elementos ficcionales (Fumero 2003). Fue el primero en estudiar

de modo sistemático los elementos ficcionales y sus manifestaciones en la historiografía de la disciplina (Mink 1978), y no duda de que todo lo descrito por los historiadores realmente sucedió, esto es, no ficcionalizan, pero argumenta que la Historia construye el sentido de la misma forma que los novelistas o los poetas (White 1978: 98). Para él, ningún evento es una «historia» por sí mismo y la tarea del historiador es transmitir esos eventos a un marco narrativo, esto es, convertirlos en una historia creíble, transmisible, por lo que el resultado siempre será el fruto de la reflexión del historiador.

Parece evidente que en ambas disciplinas el autor acomete una labor interpretativa, ambas igualmente válidas, complementarias y portadoras de sentido para el devenir humano. Así se lo cuestiona Patricia Fumero (2003):

¿Cuánto de la sociedad refleja la literatura? ¿Cuánta influencia de la cultura encontramos en la producción artística? ¿Cómo moldea la literatura la percepción de la historia? Parte de la respuesta se encuentra en la dimensión literaria de los textos historiográficos y en la dimensión histórica de los textos literarios.

Y, como asegura Keith Thomas (1988: 22), la Historia es esencialmente un artefacto literario que interpela emocionalmente al lector de manera similar, y a la vez diferente, a como lo hace una novela. A la postre, si aceptáramos que la Historia es una forma de Literatura, algo que, por otra parte, no parece admitir dudas en el Mundo Clásico, se podría reducir el problema a la definición de qué forma de Literatura es la Historia. Tal y como demuestra White (1984), son muchos los autores y las aproximaciones teóricas que a lo largo del siglo xx han intentado romper las barreras entre ambas disciplinas y que rechazaron la concepción de la «verdad-realidad» de la narrativa histórica para explicar esa forma narrativa simplemente como otro instrumento de conocimiento: discurso literario y discurso historiográfico no serían sino representaciones culturales que parten de prácticas escritas para mostrar una visión del mundo y otorgar sentidos. En palabras de Yorgy Andrés Pérez Sepúlveda (2012),

el devenir humano jamás podrá estar condensado en una investigación histórica, así como la totalidad del imaginario en la ficción tampoco. Fragmentos, asimetrías, desarticulaciones, la memoria y el olvido se confunden a veces con la invención y el deseo de contar. Es así como el tiempo no funciona

como una serie de eventos sucesivos, articulados entre sí, sino como una suerte de pulsión donde se dan cita diversos personajes, reales o inventados, intencionados o inconscientes, pero que terminan tomando el pasado, la dura herencia, como quien toma algo que le pertenece y lo acomoda a su antojo, a la medida de sus angustias, dudas y certezas.

Como ya hemos comentado, el discurso histórico, tal como hoy se entiende, parte de una identificación con un aparato crítico y metodológico, con el uso de unas técnicas y recursos que pretenden reconstruir el pasado y aproximarse a una realidad social, imponiéndose como «verdad». Pero el discurso literario también puede ser asumido como representación del mundo, como cartografía del pasado, porque abunda en la expresión de lo humano y lo social, porque la Literatura es el espacio de la experiencia humana desde una perspectiva mucho más abierta. En la Antigüedad grecorromana Historia y Literatura se funden en uno, se imbrican, se retroalimentan en un único artefacto transmitido por los «clásicos».

4. HISTORIA Y POÉTICA: VERDAD Y VEROSIMILITUD, EDUCACIÓN E IDENTIDAD CULTURAL EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

La relación dialéctica entre Literatura e Historia que en nuestra moderna concepción de la ciencia y el arte se produce a lo largo de la tradición grecolatina fue objeto ya de reflexión y teorización por los antiguos en cuanto a la forma y grado de fiabilidad con que las distintas expresiones textuales reproducen la realidad. No sorprende que el primer testimonio de esta reflexión lo encontremos en Aristóteles y en relación con su teoría sobre la mimesis en la *Poética*. La función del poeta (ποιητής) no es contar lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder de acuerdo con lo verosímil y lo necesario (οἷα ἂν γένοιτο καὶ τὰ δυνατὰ κατὰ τὸ εἶκος ἢ τὸ ἀναγκαῖον); esa es la diferencia respecto al historiador (ιστορικός), y no el hecho de que uno escriba en verso y otro en prosa, porque Heródoto seguiría siendo historiador si escribiera en verso; el poeta habla de lo universal –lo que es verosímil o necesario que determinado tipo de personas haga o diga– aunque asigne nombres concretos a los personajes, y su obra es por ello más filosófica (1451a-b). Es cierto que uno tiene que convenir con Grube (1965: 83-85) en que Tucídides no estaría de acuerdo en que la Historia es una simple crónica de hechos y en que posiblemente, si conserváramos una discusión más extensa y seria de Aristóteles sobre la Historia, sus ideas serían más complejas, pero lo que aquí nos interesa es que Aristóteles se estaba planteando la diferencia entre poesía e Historia como reflejo de la

realidad, y atribuye a la primera lo que nosotros, pero ya Tucídides, consideramos el objetivo de la segunda, la comprensión de lo humano, lo universal y lo permanente para, sobre ello, comprender, interpretar y prever los cambios, los ciclos, los retrocesos.

Posiblemente cuando, mucho antes que Aristóteles, Hesíodo pone en boca de las Musas, en el proemio a su *Teogonía* (vv. 27-28), que saben decir muchas mentiras iguales a verdades pero también proclamar la verdad cuando quieren (ἴδμεν ψεύδεα πολλὰ λέγειν ἐτύμοισιν ὁμοῖα/ ἴδμεν δ' εὖτ' ἐθέλωμεν ἀληθέα γηρύσασθαι), esté haciendo una distinción similar, no basada en la verdad de hechos concretos, sino en la verdad de lo necesario, lo posible y por tanto verosímil de la realidad humana y sobre todo divina. La obsesión por la verdad impregna la literatura griega desde sus comienzos, unas veces como verdad de hechos (*Himno homérico a Démeter*, Tucídides), otras como verdad universal, y esta última puede encontrarse en la ficción, ya sea en la épica, la tragedia o incluso la novela. Precisamente por la concepción antigua, consciente o inconsciente, de la literatura (μουσικῆς λόγοι) como verdad, preocupaba tanto a Platón (*Republica* 376e-398b) el uso de determinados tipos de textos para la educación de los niños y jóvenes, hasta el punto de hablar de dos tipos de *logoi*, uno verdadero y otro falso (376b: λόγων δὲ διττὸν εἶδος, τὸ μὴν ἀλεθῆς, ψεῦδος δ' ἕτερον). La diferencia no radicaba en que el relato fuera real o ficticio, sino en que fuera verosímil –y acorde con la moral en la que había que basar la educación– o no verosímil.

Y aquí encontramos la clave de la literatura antigua como reflejo del Saber: la Literatura era educación, era transmisión de identidad, de propiedad cultural, de conocimiento del lugar en la vida y en la sociedad, de apreciación de las diferencias entre la propia comunidad o pueblo y el otro. Por eso los grandes sucesos históricos como las guerras de Troya, las médicas y la del Peloponeso son argumentos centrales de la mayor parte de la literatura arcaica y clásica, que se adueña de ellos configurando la expresión de gloria y de memoria colectiva, justamente las dos razones principales que llevan a Heródoto, el «padre de la Historia», a narrar las guerras médicas (1.1: ὡς μήτε τὰ γενόμενα ἐξ ἀνθρώπων τῷ χρόνῳ ἐξίτηλα γένηται, μήτε ἔργα μεγάλα τε καὶ θωμαστά, τὰ μὲν Ἕλλησι, τὰ δὲ βαρβάροισι ἀποδεχθέντα, ἀκλεᾶ γένηται –«para que con el paso de tiempo los hechos humanos no se olviden ni las grandes y admirables acciones realizadas por griegos y bárbaros queden sin gloria»–), a las que se añade, no hay que olvidarlo, una tercera: τὰ τε ἄλλα καὶ δι' ἣν αἰτίην ἐπολέμησαν ἀλλήλοισι («y, aparte de otras cosas, también la causa por la

que lucharon entre sí») que va a ser central para la definición de la Historia entre los antiguos.

El conocimiento del pasado y de los valores que consideraban universales proveían conjuntamente a los griegos y romanos, como a cualquier pueblo, de su identidad cultural, y ese conocimiento lo obtenían de la Literatura, el arte, la dramatización de los mitos y de los hechos históricos. La mayoría de los griegos y de los romanos se educaban en la Historia sin leer historiografía, lo hacían con la poesía, los discursos públicos o la conmemoración de los hechos importantes, como cuando los efebos realizaban en Maratón o en Salamina, todavía en el cambio de era, ritos celebrando las victorias contra los persas.

Refiriéndose a la historiografía romana afirma Feldherr (2009: 4) que no nace como profesión, sino como práctica literaria en conexión con los eventos públicos de los que hablaba. En relación con esos eventos y la conmemoración del pasado se reinterpreta la Historia y adquiere carácter político tanto en la obra poética como en la histórica. Los hechos no podían desvincularse de su narración, incluso de su revitalización y readaptación, y el pasado se remodelaba literariamente con fines políticos, sociales, culturales de la misma forma que hace hoy día la Historia, por muy objetiva y científica que sea su pretensión, cuando se interpreta bajo los moldes del presente. En la tragedia *Los persas* Esquilo presenta una versión de los sucesos que no solo constituye una lección de carácter universal, sino una advertencia particular y de tono político en el contexto de la Atenas de su momento (Morenilla)¹, lo mismo que el coro en el *Agamenón* representa una voz colectiva que interactúa con individuos concretos reflejando la interacción social a la que dan lugar en la Atenas democrática del s. V a.C. otros grupos como la asamblea o la falange (Navarro). Pero lo mismo hace Heródoto cuando nos da la versión ateniense de las batallas de Salamina y Platea, permitiéndonos así ver la función educativa y política que esos sucesos históricos tuvieron en Atenas y contrastar esa versión con la que nos ofrecen Píndaro o Simónides (Sancho). Otra versión, histórica, literaria y artística a la vez de esas mismas guerras, que no puede ser desgajada de la actualidad política en la que se produce, es la de los epitafios y monumentos a los caídos, que ensalzan precisamente aquello que ensalza la versión «histórica» de Heródoto: la victoria de los más débiles, los menos numerosos, y la victoria de un ideal griego, la libertad (Striano). En todas las versiones la forma narrativa y los recursos para llegar al oyente o espectador eran fun-

¹ La cita de autores sin indicación de año hace referencia a capítulos de este libro.

damentales para su recepción. Los antiguos utilizaban los recursos literarios para profundizar en, y hacer más accesible en toda su complejidad, el conocimiento histórico. Un estupendo ejemplo es el despliegue de recursos de repetición y acumulación, unidos a toda una serie de tropos, por parte de Timoteo como expresión verbal de lo que fue una batalla caótica, la de Salamina. Este autor usa la lengua y los recursos literarios para provocar en el lector las sensaciones que provocaría la batalla en el espectador (Amado; cf. Aprile para el uso de los recursos visuales en Tito Livio).

Pero, además, los hechos se interpretan y se cuentan condicionados por las creencias populares de un pueblo que han pasado a formar parte de su acervo cultural general y de su Literatura. Un elemento central en la obra y la interpretación histórica de Heródoto es la idea popular de la inestabilidad de la felicidad, una idea elaborada y desarrollada en la Literatura desde Homero pasando por Hesíodo y la lírica, y central en la tragedia. Heródoto adopta esta idea, junto con otros recursos y motivos propios de la literatura popular, por mediación del ateniense Solón y la utiliza para ensalzamiento y beneficio de Atenas (Sáseta). La misma idea cultural, y por tanto literaria, de la mutabilidad de la suerte y la idea aparejada de la felicidad y sus implicaciones colectivas e individuales es tema de reflexión mucho después en la *Historia* de Tito Livio ejemplificada en las figuras centrales de Emilio Paulo y Perseo (Aprile).

Esta sabiduría popular llega a la Historia en muchos casos a través del mito. La reescritura y el desarrollo de variantes de los mitos quizá sea el ejemplo más claro de relación entre Literatura e Historia. En época helenística la poesía –lírica o épica– sigue transmitiendo la historia: la historia de la fundación de cada ciudad, de los hechos señalados de cada pueblo, e incluso la historia contemporánea, por ejemplo, mediante la celebración de los reyes (Gallé). Pero, además, genera historia propiamente dicha: los mitos son usados para crear leyendas fundacionales que a su vez se utilizan para establecer alianzas y todo tipo de relaciones entre ciudades o para justificar decisiones históricas. Esta reelaboración de los mitos, que además pasaba a formar parte del acervo educativo –como demuestran los decretos honoríficos dedicados a los creadores de estas composiciones, que las cantaban en los *gymnasia* educando a niños y adultos– es especialmente fecunda a partir de la época helenística. Una buena muestra de la reescritura de los mitos en sus aspectos geográficos, políticos e históricos en relación con la historia política y cultural de cada lugar y momento en época romana es el desarrollo del mito de Eneas y Diomedes y sus implicaciones (Blanco). Pero los mitos en sí, independientemente de

sus reelaboraciones, también sirven para visibilizar y difundir la opinión política, como vemos sobre todo en la comedia. La identificación de figuras políticas con determinadas figuras divinas o mitológicas, y de sus acciones con tramas y motivos míticos, permite usar la Literatura para interpretar la historia contemporánea y para elaborar y actualizar motivos como el de los buenos tiempos antiguos, como hace por ejemplo Cratino cuando mitifica la figura y la política de Pericles (García Soler). La forma en que el mito se integra en la Historia y los intentos a veces frustrados por separarlos en la Antigüedad son especialmente significativos en la relación dialéctica entre Literatura e Historia. Después de decir que toda narración (*historía*) lo es de asuntos verdaderos o de asuntos falsos, Asclepiades de Mirlea contrapone asuntos verdaderos (*historía*) a asuntos falsos (*mythos*), y, a su vez, el término *historía* aparece en algunos escolios aristofánicos para referirse a las narraciones míticas que sostienen los argumentos de las tragedias porque, en los escolios, *historía* atañe a cuestiones históricas y también a narraciones transmitidas de manera estable por la tradición (Bilbao).

5. HISTORIA Y RETÓRICA, UNA RELACIÓN COMPLEJA

Si la poesía era en época arcaica y clásica el canal literario principal de transmisión histórica (excluyendo la prosa histórica), es la retórica por su posición central en la educación (Nicolai 1992, cf. Laird 2009) lo que determina la evolución historiográfica en época helenística y romana, y es la relación entre retórica e Historia el foco de la teorización de los intelectuales helenísticos y romanos sobre la narración de la realidad histórica. Cicerón, haciendo un repaso a los historiadores griegos en boca de Antonio, destaca la importancia de la oratoria para la Historia, lamentando que no esté tratada en las reglas que dan los rétores (*de orat.* 2.51-64), y considera la Historia tarea del orador público (*de orat.* 2.62). Pero, en definitiva, la retórica cumple en la historiografía la misma función que antes la poesía: la necesidad de dramatizar los hechos para verlos en toda su complejidad humana, en su vertiente individual a la vez que colectiva, privada a la vez que pública. En el mundo antiguo, en el que lo privado y lo público se solapaban mucho más que en el nuestro, la historiografía se comprendía, a diferencia de en el nuestro, como la reconstrucción complementaria de ambos, en la que los asuntos privados podían tener tanto valor histórico como una decisión de gran alcance político, como puede verse, por ejemplo, en la narración por Tácito de un caso de violencia de género (Cascón), donde las implicaciones éticas, filosóficas y sociales pasan a formar parte

de la Historia y, además, pueden ser vistas dos mil años después como parte de ese universal aristotélico.

Aunque los diálogos y los discursos configuran uno de los elementos principales de la narración homérica, y, como en Homero, también en Heródoto dan viveza, realidad y credibilidad a los hechos, es Tucídides el primero que establece la importancia del discurso como elemento metodológico de la reconstrucción histórica. Hay que contar los hechos tal y como han ocurrido, pero los discursos, difíciles de recordar o de recibir con entera fiabilidad por transmisión, tienen que responder a lo verosímil (1.2.1-2.2). Parece fuera de toda duda para el historiador que es en los discursos donde se percibe la complejidad de las decisiones que llevan a los hechos históricos, y, por tanto, que son los discursos los que encierran las claves históricas. Los discursos políticos de la democracia clásica ejercieron una fuerte influencia en la Literatura griega, pero su uso literario tenía ya antecedentes en Homero y fue esa Literatura la que marcó las convenciones de estructura, tópicos, contenidos, recursos de convicción que los oradores aprendían y utilizaban, porque era en la Literatura donde se encontraba la esencia de la condición humana y por tanto las claves para la persuasión. En la obra historiográfica los discursos dramatizaban las reflexiones y acciones de personas reales, individuales y colectivas, conocidas y desconocidas, que condicionaban la historia. Los verbos en presente y las formas verbales y pronominales de primera y segunda persona servían para actualizar y acercar los hechos.

La educación y la competitividad retórica a partir de época helenística llevaron al desarrollo de una historiografía fundamentalmente retórica, más de aparato que de transmisión de la historia, que fue objeto de críticas muy severas por los propios antiguos, y, como consecuencia, a la desaparición de gran parte de las obras historiográficas. En el libro primero de su *Historia*, Polibio afirma que, igual que un animal privado de la vista no sirve para nada, si se priva a la Historia de la verdad lo que queda es una narración inútil (1.14.6, cf. 12.12.2). Esta afirmación, aunque importante, no es novedosa, pero sí lo es su rechazo al exceso retórico y el carácter trágico y emocional de la historiografía que desarrolla sobre todo al hilo de su crítica al historiador Filarco en el libro segundo y que se integra en su obra, sobre todo en el libro 12 en la crítica a Timeo, como declaración de método: hay una diferencia, oposición incluso, entre el objetivo de la tragedia y de la Historia, a saber, la primera tiene que asombrar y emocionar durante un momento con palabras convincentes a los oyentes y la segunda tiene que enseñar y convencer para siempre mediante hechos y palabras verda-

deras a los amantes del saber (2.56.6-12); la Historia tiene que conocer los discursos tal y como fueron pronunciados, indagar en las causas del éxito o fracaso de las decisiones expuestas en ellos, porque la simple narración es atractiva pero no fructífera; el conocimiento de las causas permite lidiar con situaciones similares en el futuro (12.25b). La teoría historiográfica de Polibio (Grube 1965: 156-59), que en algunos aspectos como la búsqueda de las causas bebe de la historiografía clásica, supone un nuevo precedente de las teorías que encontramos luego en Cicerón y Quintiliano en cuanto a la diferencia entre Historia y retórica y a la verdad como núcleo de la Historia (Lendon 2009: 52-56). Esta declaración teórica no implica, sin embargo, que el buen historiador deba prescindir de la retórica ni de la forma y contenido literarios en su narración histórica. La retórica guía la *Historia* de Polibio. Pero, además, el elemento central del pensamiento histórico y de la narración histórica de este autor es la idea trágica y filosófica, intelectual y popular que subyace a la literatura griega desde época arcaica: el destino del hombre –y de los pueblos– es cambiante e impredecible; y esa idea aparece reflejada en narraciones biográficas de gran calado literario, en discursos y en narración de acciones que, de forma retórica, dramatizan las decisiones y actuaciones históricas. Polibio es un *pragmatikós* que convierte la *praxis* en *metapraxis* y la historia en metahistoria (Davidson 2009: 233-34).

La Historia latina era una historia «literaria» hasta el punto de que toda una corriente historiográfica del s. xx, liderada por Wiseman y Woodman, ha negado valor histórico a las obras de Tito Livio o Tácito (Lendon 2009: 41-43). Algo similar ocurrió ya a finales del s. xix y comienzos del xx, cuando la filología alemana restó todo valor histórico a las *Historias* de Heródoto, llenas de anécdotas, explicaciones basadas en oráculos, relatos populares y noticias increíbles. Hallazgos diversos arqueológicos y epigráficos y una nueva forma de interpretar la historia en el transcurso del s. xx nos permiten leer a Heródoto de otra manera: como una base histórica, contrastable y confirmable de los eventos bélicos y políticos principales, presentada en toda la complejidad del pensamiento griego de la época, que engloba desde la visión que el autor y los griegos en general tenían sobre otros pueblos hasta la visión que tenían de sí mismos, la forma en que la religión incidía en el devenir histórico, el imaginario popular creíble o simbólico que condicionaba sus vidas públicas y privadas, y cómo ellos interpretaban la Historia.

No se puede leer a los historiadores romanos como textos únicamente literarios, pero tampoco se los puede leer como narraciones históricas al

margen de la tradición literaria. En este sentido, no es del todo rechazable, aunque sí matizable, la afirmación de Woodman (1988: 78-94) de que los historiadores romanos trabajaban a partir de un núcleo de verdad en torno al cual desarrollaban mediante la retórica no solo la lengua, sino también la materia (Feldherr 2009: 7, que hace una lectura de Woodman un poco diferente de la que hace Lendon). Si los leemos como historiadores en sentido moderno corremos el riesgo de hacer interpretaciones «objetivas» perdiendo toda la carga de interpretación subjetiva y contextualizada del autor. El aparente antiimperialismo de Tácito no es tal si se lee su obra teniendo en cuenta los tópicos literarios creados en la segunda mitad del s. I a.C. en relación con el dominio romano sobre los estados helenísticos, y la posible reutilización de esos tópicos en un contexto diferente (Blanco Robles). Tácito es, precisamente, un estupendo ejemplo de la interacción entre Historia y Literatura y de cómo el lector antiguo, aunque distinguiera la obra histórica de la no histórica, esperaba de ella una obra literaria. En su narración sobre la muerte de Germánico, las sospechas que recayeron sobre Tiberio y la versión oficial al respecto, el historiador despliega el arte retórico de la insinuación como uno de sus recursos narrativos más destacados, esos recursos que con frecuencia le han despojado desde el s. XIX de su título de historiador, pero lo que hace Tácito es precisamente narrar de forma literaria, acercándolo al lector, un hecho histórico con sus diversas interpretaciones ya en el momento de su suceso, demostrando que la Historia oficial puede ser la ficticia (González). Tácito deja a la posteridad, en palabras de Julián González, «una imagen trágica y sombría del turbulento reinado de Tiberio», y esto lo hace con recursos literarios, como hace Tito Livio en su narración histórica, consciente de la necesidad del historiador de «superar la rudeza antigua mediante el arte de escribir» (Prefacio; cf. Quintiliano, *inst.* 162-63 sobre los historiadores que escribieron bellamente, y su alabanza a Tito Livio en 169-70).

En ese mismo Prefacio, Tito Livio afirma que la verdad histórica provee de ejemplos de formas distintas de ser a partir de las que podemos seleccionar lo que se debe imitar y lo que se debe evitar, mostrándonos que la función que la Historia tiene desde sus inicios como paradigma, y que es uno de sus elementos comunes con los demás géneros literarios antiguos, continúa vigente en su época, y podríamos decir que desarrollado y amplificado. La figura histórica paradigmática se convierte en tema central de muchos pasajes de la *Historia* de Polibio, de Tito Livio y de Tácito, y da lugar a un enorme desarrollo del género biográfico y de la novela con protagonista histórico. También aquí la Historia y la Literatura se entrecruzan

dando lugar a distintas versiones según el foco, y demostrando que los hechos y personajes históricos tienen varias caras válidas para el historiador. Véanse por ejemplo los dos retratos contrapuestos de Alejandro Severo en la *Historia Augusta* y en Herodiano, y cómo esa aparente oposición no solo no es interpretable en términos de verdad o mentira, sino que es en sí misma de significación histórica (López Martín), o la transmisión de ideas populares y aspectos emocionales que hace Livio a través de las figuras paradigmáticas de Emilio Paulo y Perseo en relación con un episodio tan trascendente históricamente como la derrota de Macedonia a manos de Roma, con lo que implica para el cambio de dominio en el Mediterráneo oriental (Aprile).

La importancia de ejemplos individuales sigue siendo un rasgo en la educación helenística e imperial, en la que grandes figuras de la historia cultural y política dan lugar a recreaciones biográficas y *progymnasmata* retóricos como vemos por ejemplo en Luciano, especialmente sobre Alejandro (Gómez), o Ateneo, e.g. sobre Esquilo y Sófocles (Pérez Lambás). La recreación mítica de esos ejemplos y el deseo de narrar la realidad expandiéndola en todas las posibilidades de la curiosidad científica –geográficas, físicas, astronómicas– da lugar a novelas como *El vuelo de Alejandro*, en la que el motivo popular del hombre volador se aplica a Alejandro para desarrollar, paradójicamente, «un afán de investigación y de búsqueda de la verdad junto a la constatación empírica de búsqueda de los límites de un mundo que suscita admiración, y que abunda en maravillas y prodigios» (Bris); y la vida de Sesoncosis, faraón egipcio del s. X a.C. ya mencionado por Heródoto, Diodoro Sículo o el Pseudo-Calístenes, se ficcionaliza expandiendo la curiosidad geográfica de la época con referencias a supuestos (y verosímiles) largos viajes del faraón, entre otros lugares posiblemente a Hispania (López Martínez). Las novelas históricas son, quizá, el mejor ejemplo del complejo entramado entre intertextualidad historiográfica, intertextualidad literaria, e intertextualidad histórico-literaria. Un claro ejemplo de esta intertextualidad es la novela *La muerte de Germánico*, de David Wishart, basada en gran parte en la narración ya mencionada de los *Anales* de Tácito. Germánico se mitifica, como ocurre con personajes de la historia moderna, y su historia sobrevive así hasta hoy en la literatura y el arte transmitiendo lo que Tácito contó, pero también lo que sugirió (Vélez). Como decía Chesterson en el pasaje ya citado, el novelista tiene al menos la pretensión de describir a los seres humanos, algo que con frecuencia el historiador ni siquiera intenta. Podríamos decir aquí que el nacimiento de la novela en la Antigüedad tiene un buen predecesor en el historiador antiguo, que con frecuencia sí preten-

día describir a los seres humanos, razón por la que, paradójicamente, a menudo se le ha negado la calidad de historiador.

El uso de la tradición literaria no exime al historiador antiguo de ajustarse a la realidad histórica. Los historiadores latinos siguen la tradición griega de alabar a sus precedentes por su fiabilidad histórica o censurarlos y corregirlos por lo contrario (Lendon 2009: 53-54). Esta crítica era aún más necesaria que hoy día precisamente porque los lectores creían la información que los historiadores les daban sin necesidad de los testimonios probatorios, lo que indica (Lendon 2009: 55-56) que la verdad era elemento básico en el género que estaban leyendo. Pero hay que destacar que para los antiguos la Literatura encerraba también la Historia, como demuestra la intertextualidad antigua en general, y en particular los escolios a las obras clásicas, como la de Aristófanes. «Cuando los escoliastas leen las comedias de Aristófanes tienden a considerar verdad (casi) todo lo que dice», y en esa verdad basan sus comentarios (Bilbao).

6. CONCLUSIONES

En su tratado *Cómo debe escribirse la historia*, el único de este tipo conservado en la Antigüedad, Luciano destaca, en su crítica a los historiadores retóricos, que la poesía tiene sus normas y objetivos, diferentes de la Historia. En la primera, la libertad es ilimitada y la única ley la voluntad del poeta; en la segunda, aunque en ocasiones haya que hacer elogios, estos deben ser oportunos y adecuados a la realidad, y, además, escritos con vistas al futuro; no se deben insertar en la Historia los adornos de la poesía: el mito, el elogio y las exageraciones de ambos; establecer una doble función en la Historia en el placer y la utilidad es alejarse de la verdad; el único objetivo de la Historia es la utilidad y esta se basa en la verdad (8-9); el historiador debe estar equipado con dos cualidades básicas, la inteligencia política y la capacidad de expresión (34); el uso de los discursos, si es necesario, ha de demostrar la elocuencia y la capacidad oratoria, los elogios y vituperios deben ser escasos y muy apropiados y basados en las pruebas (58-59); el mito puede ser necesario contarlo, pero no creerlo, y hay que dejar a la audiencia la posibilidad de conjetura (60).

Este tratado concentra los puntos principales en la discusión teórica helenístico-romana sobre la dialéctica Historia-Literatura, y, leído en paralelo a los textos históricos que han sobrevivido de la época, demuestra que, si bien la evolución histórica en época grecorromana fue cada vez más consciente de una diferenciación entre Historia y Literatura, basada fundamentalmente en la oposición utilidad-placer y verdad-verosimilitud o fal-

sedad, las obras históricas seguían considerando un componente central la capacidad de conmover al lector mediante los recursos literarios y de hacerle vivir la Historia más allá de los hechos concretos.

El libro que el lector tiene en sus manos está estructurado en tres partes distintas que paradójicamente intensifican su unidad más que sus diferencias. El capítulo de Carmen Morenilla sobre *Los persas* de Esquilo introduce la primera parte, dedicada al componente histórico en la poesía griega; el capítulo de Laura Sancho sobre las guerras médicas en Heródoto introduce la segunda parte, dedicada a la interacción entre Literatura e Historia en la prosa griega; el capítulo de Julián González, sobre el recurso retórico en Tácito, introduce la tercera parte, dedicada a la interacción entre Literatura e Historia en la literatura latina. Sin embargo, los aspectos que se indagan en cada parte se entrecruzan e intercambian y los aspectos que unen Literatura e Historia reaparecen una y otra vez a lo largo de todo el volumen.

La diferencia actual entre Literatura e Historia aplicada a la Antigüedad está en el método de tratamiento de cada una, y, sobre todo, en lo que el lector espere de cada una. La diferencia radica, fundamentalmente, en una convención terminológica y su evolución.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHESTERTON, G. K. (2021) «La historia contra los historiadores» en *La utilidad de leer. Ensayos escogidos*, Prólogo y traducción de Í. García Ureta, Posfacio de J. F. Hernández, Madrid, Trama Editorial, 47-52.
- DAVIDSON, J. (2009) «Polybius» en A. Feldherr (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 123-136.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, D. (1999) *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial.
- FEBVRE, L. (1953) *Combats pour l'histoire*, París, A. Colin.
- FELDHERR, A. (2009) «Introduction» en A. Feldherr (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 1-8.
- FUMERO, P. (2003) «Historia y Literatura: una larga y compleja relación», *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 6, URL: <http://istmo.denison.edu/no6/proyectos/historia2.html> {17/06/2022}.
- GRASS, G. (1999) «Literatura e Historia», *El País* 23 de octubre de 1999, https://elpais.com/diario/1999/10/23/cultura/940629603_850215.html {15/06/2022}.

- GRUBE, G. (1965) *The Greek and Roman Critics*, Clackmannanshire, Cunningham and Sons.
- KELLNER, H. (1987) «Narrativity in History: Post-Structuralism and Science», *History and Theory* 26 (4), 1-29.
- LAIRD, A. (2009) «The rhetoric of Roman historiography» en A. Feldherr (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 197-213.
- LONDON, J. E. (2009) «Historians without history: Against Roman historiography» en A. Feldherr (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 41-61.
- LOZANO, J. (1987) *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Editorial.
- MINK, L. O. (1978) «Narrative Form as a Cognitive Instrument» en R. H. Canary & H. Kozicki (eds.), *The Writing of History: Literary Form and Historical Understanding*, Madison, University of Wisconsin Press, 129-149.
- NICOLAI, R. (1992) *La storiografia nell' educazione antica*, Pisa, Giardini.
- PÉREZ SEPÚLVEDA, Y. A. (2012) «La relación entre la historia y la literatura: (con) fusión para (re) presentar la experiencia (des) humana», *Agora* 29 (56), 40-55, URL: http://ve.scielo.org/scielo.php?pid=s0254-16372012000100004&script=sci_abstract {15/06/2022}.
- PITALUGA, R. (2010) «En torno a los sentidos de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”», Ponencia en el III Seminario Internacional Políticas de la Memoria, Buenos Aires, URL: http://contidderhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-41/pitaluga_mesa_41.pdf {17/06/2022}.
- THOMAS, K. (1988) *History and Literature. Ernest Hughes Memorial lecture delivered at the College on 7 March 1988*, Swansea, University College of Swansea.
- VILLA, J. DE LA (2010) «Historia y Literatura en tiempos de epidemia», Ponencia inédita en *COVID-19. Health and Humanities International Conference (16-17 abril 2020)*, coorganizado por Conseil International de la Philosophie et des Sciences Humaines – Institute for Public Health, Taiwan University.
- WHITE, H. V. (1978) *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- WHITE, H. V. (1984) «The Question of Narrative in Contemporary Historical Criticism», *History and Theory* 23, 1-33.
- WHITE, H. V. (1987) *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, John Hopkins University Press.

- WHITE, H. V. (2002) «The Historical Text as Literary Artifact» en B. Richardson (ed.), *Narrative Dynamics. Essays on Time, Plot, Closure and Frames*, Columbus, The Ohio State University Press, 191-210 (=R. H. Canary & H. Kozicki (eds.), *The Writing of History: Literary Form and Historical Understanding*, Madison, University of Wisconsin Press, 1978).
- WOODMAN, A. J. (1988) *Rhetoric in Classical Historiography: Four Studies*, London, Sidney, Portland.